

REINSERCIÓN DE GUERRILLEROS. ¿ENTRANDO EN LA CASA DEL ENEMIGO?

Florentino Moreno Martín
Profesor de Psicología Social de la Universidad Complutense de Madrid
Colaborador de IEPALA

Como psicólogo social resulta para mí muy gratificante escribir en una revista de historia, placer que aumenta al tratarse, como la cabecera de la publicación indica, de una *Historia Crítica*. Al combinar historia y psicología no deberíamos atender exclusivamente al análisis de los elementos psicológicos de los procesos históricos, lo que nos puede llevar a una peligrosa psicologización del objeto de estudio. La conducta humana, tanto la exterior y observable, como la que se manifiesta en procesos psicológicos internos, tiene una relación dialéctica con la realidad histórica: es consecuencia y causa de la misma; y es labor de los científicos sociales explicar los condicionantes históricos de la conducta, al mismo tiempo que analizamos los procesos históricos como el resultado de múltiples procesos de interacción humana.

Mi primera intención cuando fui invitado a participar en el foro de discusión "Problemas y alternativas para la paz en Colombia", fue preparar una ponencia que sirviera de resumen de los principales resultados de una investigación psicosocial realizada en las zonas de guerra de Nicaragua, en los campamentos de la contra en el sur de Honduras y entre población española que jamás había vivido el fenómeno bélico. El objetivo de este estudio era el análisis de lo que vinimos a denominar como socialización bélica, esto es, la interiorización del fenómeno de la guerra por parte de los niños. Durante meses entrevistamos a casi mil niños de 8 a 14 años estudiando a su vez a sus agentes socializadores: familia, escuela y medios de comunicación.

Por las características de este foro y el título específico en el que se ha situado mi intervención "Reinserción como construcción de una nueva forma de relación social", es preciso reorientar el contenido de esta ponencia. Basándome en los datos

empíricos de la investigación aludida, deseo reflexionar sobre algunos de los procesos psicológicos implicados en la reinserción de los guerrilleros a la vida civil. Especialmente quisiera centrarme en el análisis de uno de los fenómenos que muchos de ustedes conocen perfectamente: la destrucción psicológica y social observada en muchos de los combatientes desmovilizados, ya sea que esta desmovilización se deba a un proceso de negociación política, como es el caso reciente de Colombia, o sea fruto de una derrota militar, un armisticio o cualquier otro hecho.

Sin enemigos

En la raíz de muchos de los problemas psicológicos detectados en los desmovilizados se encuentra un fenómeno de carácter psicosocial: *los exguerrilleros se quedaron sin enemigos*. Este hecho que aparentemente debería significar más bien un elemento positivo de recuperación psicológica para aquellos que vivieron las terribles situaciones asociadas a una guerra, supone en muchos casos un problema de identidad que evoluciona de modos diversos en función de las características personales de cada uno de ellos.

Mi hipótesis es que el conceptualizar al adversario como enemigo no es un hecho que se deriva exclusivamente de los acontecimientos políticos o económicos concretos. Junto con estas circunstancias, que sirven de marco de referencia, existe en los adultos una predisposición a asumir a otro grupo social como enemigo irreconciliable, poco fundamental para participar activamente en los conflictos bélicos y, como veremos más adelante, uno de los principales problemas de recuperación psicosocial cuando los combates terminan.

¿De donde viene esta predisposición humana?, ¿dónde puede situarse el origen del impulso del hombre a participar en las guerras, en los ejércitos, en los procesos de violencia organizada?

Cuando desde las ciencias sociales se trata de dar explicación a este hecho, la primera tendencia es tomar como unidad de análisis al individuo humano, intentando explicar sus respuestas como algo aprendido o heredado.

Freud es uno de los autores que ha defendido esta última idea. En su segunda teoría de las pulsiones (1920) habla de la existencia, junto al impulso de vida, de una pulsión de muerte caracterizada por la tendencia a retornar a lo inanimado. Cuando en 1932, Albert Einstein le pidió una explicación psicológica del origen de la guerra, Freud le contestó: *es inútil tratar de librarse completamente de las pulsiones agresivas humanas, basta con intentar desviarlas para que no tengan que canalizarse hacia la guerra.* (Freud, 1932). No menos citadas y debatidas son las teorías de los psicofisiólogos y etólogos que consideran la agresión como fenómeno instintivo y el conflicto como consecuencia inevitable de la misma. El que existan determinadas estructuras nerviosas relacionadas con el fenómeno agresivo, ha sido uno de los principales argumentos esgrimidos por quienes defienden el origen innato de la agresividad humana, como es el caso de los famosos postulados de Lorenz (1969) y Eibl-Eibesfeldt (1977).

Estos conocidos postulados que llevados al extremo eximirían de responsabilidad al hombre al considerar como natural su participación en los actos de violencia organizada, fueron duramente criticados desde distintas perspectivas sociobiológicas, antropológicas y psicológicas. En los años 70, cuando se multiplicaban los procesos de violencia política (guerra de guerrillas, guerra de Vietnam, conflicto en Palestina, etc), se escribieron docenas de libros en los que se intentaba demostrar cómo el origen de las guerras no podía atribuirse a una tendencia innata a agredir, puesta en duda por muchos antropólogos en sus estudios transculturales, sino más bien a los efectos del aprendizaje social de la violencia. Véanse Scott (1958), Montagu (1978), Kaufman (1970) y Fromm (1975) entre otros.

Determinadas conductas agresivas pueden explicarse muy bien acudiendo a estas teorías psicológicas innatistas o biologicistas. El que una mujer

golpee a alguien que está haciendo daño a su hijo, o el hecho de responder violentamente al ataque físico, son respuestas que están presentes en el repertorio de conducta de casi todos los animales. Sin embargo, tratar de explicar los fenómenos de violencia colectiva basándose en una tendencia innata del individuo a reaccionar agresivamente ante determinados estímulos, es un argumento difícil de sostener en el caso de un fenómeno social tan complejo como la guerra donde no se dan reacciones impulsivas sino cálculos premeditados, donde cada acción se planifica no como reacción inmediata a una agresión previa sino calculando costos y beneficios.

Aún en el caso de aceptar la tendencia innata del ser humano a responder de forma violenta ante determinados estímulos, es preciso acudir a otra teoría que dé cuenta de la facilidad con que nos adaptamos a la constelación de circunstancias que rodean una guerra. Porque es evidente que antes del desenlace de las hostilidades existe un proceso previo que lleva a la población a considerar el enfrentamiento armado como inevitable.

Uno de estos elementos previos es la existencia del enemigo, condición imprescindible de la guerra. Todas las demás justificaciones se articulan en función de esta idea. Puede existir enemigo sin que exista guerra, pero no al contrario.

Con estas afirmaciones no pretendo psicologizar la idea de la guerra, en el origen de los conflictos bélicos existen razones de muy diversa naturaleza (sociopolítica, económica, etc) que la fundamentan. A mí lo que me interesa demostrar, es que la persona individualiza la confrontación, la interioriza en su particularidad psicológica. No dice *el enemigo del país donde vivo uno mi enemigo*.

Esta capacidad para conceptualizar al otro como nuestro enemigo, no es un hecho circunstancial fruto de una evaluación racional que el adulto haga ante las situaciones concretas que vive cada día. Desde mi punto de vista, este fenómeno hay que situarlo en los procesos de identificación emocional con los grupos de referencia, implícitos en todo el proceso de socialización por el que pasamos desde que llegamos al mundo.

Los enemigos de los niños.

Existe una tendencia a pensar que los niños son seres absolutamente inocentes incapaces de tener enemigos o de odiar a sus semejantes. Cuando esta-

ba preparando la investigación, antes de marchar a Centroamérica, alguien me dijo que entraba dentro de las capacidades del niño elaborar una relación, que pudiera calificarse como de verdadera enemistad. En efecto, la idea de enemigo que tienen los niños más pequeños, es mucho más simple y primaria que la que tenemos los adultos. Pero es precisamente en este cambio de conceptualización, donde radica una de las claves del problema, que intentará explicar más adelante.

Resulta especialmente curioso observar la diversidad de enemigos que tienen los niños y las razones que dan para considerarlos como tal. De entre todos los posibles análisis que podrían hacerse con sus respuestas, el que más interesa para explicar el problema de la reinserción a la vida civil, es el referido a la evolución del concepto, es decir, las diferencias que muestran los niños más pequeños respecto a los mayores a la hora de definir a sus enemigos. En este sentido es preciso hacer una diferenciación entre el enemigo personal o particular del niño, y el que el niño cree que es el enemigo de su país, al que denominará enemigo nacional.

Los niños más pequeños tenían más enemigos personales que los mayores, mientras que los mayores daban muchas más respuestas que podríamos definir como políticas (los sandinistas y los contras en Centroamérica, la ETA en España, etc).

En lo que se refiere al enemigo nacional se daba el proceso contrario. El porcentaje de los que consideraban que su país tenía enemigos, era muy superior entre los niños de más de 11 años, que en los menores de 10. Del mismo modo que en el caso anterior, también aquí los niños mayores aludían especialmente a enemigos políticos, mientras que muchos de los más pequeños hacían referencia a delincuentes, ladrones, drogadictos, etc.

Tenemos pues que el concepto de enemigo se va transformando con la edad. Esta evolución parte de lo particular y acaba en lo político. Es decir, con la edad politizamos a nuestros enemigos.

Hay que tener en cuenta que me estoy refiriendo a la totalidad de los niños entrevistados. Podría suponerse que este fenómeno es lógico entre los niños nicaragüenses que estaban viviendo la guerra, pero que no se debería dar en un Estado, como el español, que carece desde hace varias décadas de enemigos declarados.

Al comparar las respuestas de los niños de ambos lados del Atlántico, se observa que es éste un fenómeno común. Existen por supuesto algunas diferencias. Por ejemplo, los niños españoles tienen más enemigos personales que los centroamericanos, situándose la mayor parte de ellos entre los conocidos (vecino, compañero, etc) y los delincuentes (ladrones, drogadictos, etc). Entre estos enemigos personales se citaban menos grupos de carácter político, aunque también era una respuesta que aparecía con cierta frecuencia.

Resulta sorprendente comprobar como casi el 80% de los niños españoles cree que su país tiene algún enemigo.

A partir de los 11 años, cuando el niño tiene la posibilidad intelectual de hacer agrupaciones lógicas, interioriza con esa posibilidad, la valoración asociada a las agrupaciones que empieza a entender. Con la idea de pertenencia al grupo, se incorpora también el universo de elementos contrapuestos a éste. Si este proceso de diferenciación entre el grupo propio y los ajenos a éste, se refiere a grandes agrupaciones diferenciadas de forma radical por alguna característica que las distinga inequívocamente (como la nación, el idioma, la raza, etc), junto con esta identificación con el grupo, se asumen también los conflictos intergrupales que envuelven a éste, sus incompatibilidades y sus enemigos.

El que los niños más pequeños identifiquen a sus enemigos, en mayor medida que los mayores, como personas de su círculo inmediato y los niños mayores politicen esta elección, viene a confirmar lo dicho en el párrafo anterior. Con el paso de los años, y el aumento consiguiente de la capacidad racional, tendemos a identificarnos con grupos cada vez menos concretos: además de sentirnos miembros de una familia, comenzamos a sentir que pertenecemos a instituciones más amplias (iglesia, nación, etc). Los enemigos entonces, pasarían de ser los que estaban en contra de aquellos pequeños grupos originales, a ser grupos cada vez más amplios, opuestos a estas grandes instituciones que ahora se toman como referencia.

Lo más interesante de este proceso, es que estas agrupaciones con las que nos identificamos cuando nuestra capacidad intelectual lo permite, no suelen ser elegidas tras un proceso de reflexión de ventajas e inconvenientes. Lo habitual es que vengan determinadas por los procesos de socialización. De este

modo, los grandes grupos o instituciones que se hayan presentado con mayor carga de inevitabilidad, es decir, aquellos que durante los primeros años de nuestra vida, sean *más reales* para nosotros, serán los que determinen nuestras vinculaciones y, por tanto, nuestros enemigos potenciales o reales.

¿Cuáles son estos grandes grupos?. Aunque durante siglos pudo predominar la religión como institución más cargada de realidad, en el ámbito cultural occidental, el gran grupo que se presenta desde la infancia como realidad más vinculada a la construcción de la identidad, es la nación, muy por encima de otras diferenciaciones como la raza, la clase social u otras. Hay que tener en cuenta que en la nación, además del hecho fundamental de la lengua, se agrupan, sobre todo si se trata de naciones-estado, un conjunto de instituciones unificadoras que remiten constantemente a la idea nacional (parlamento, policía, campeonatos deportivos, moneda, etc). Si seguimos este razonamiento hasta el final, podemos decir que el nacionalismo es una de las bases psicológicas de la guerra contemporánea. Y no únicamente de la guerra entre naciones constituidas. También en los procesos de guerras civiles o de grupos insurgentes armados (terrorismo o guerra de liberación, según se adopte una u otra perspectiva), el hecho nacional es unificador. Basta con analizar el escaso éxito que tuvieron gestas relativamente recientes que situaban el ideal de identificación en valores supranacionales como la clase social, la libertad de América Latina o la Causa Árabe. (el Che en Bolivia, la internacional comunista ante la segunda guerra mundial o el panarabismo en la guerraport Kuwait).

Sin embargo, hay que entender esta argumentación desde una perspectiva histórica y dialéctica. Del mismo modo que en el momento actual es el estado-nación la realidad macrosocial de presencia más clara en nuestro proceso de socialización infantil, en el pasado eran otras las ideas unificadoras que generaban de forma casi autosómica la fidelidad y la consiguiente enemistad. Al igual que hoy es relativamente fácil que la gente arriesgue su vida cuando su nación está en peligro, hace siglos era usual que los hombres murieran por el rey o por las doctrinas religiosas.

Debemos pues estar abiertos a la posibilidad de que con el paso de los años, o de los siglos, la idea macrosocial de identificación más inmediata, pase a ser otra. Ante esta nueva idea probablemente

desfilen los nuevos soldados, tras haber combatido contra aquellos que osaron mancillarla. No olvide mos que, si bien las instituciones conforman al hombre, el origen de las mismas se sitúa en la interacción social humana.

Aunque la vinculación racional del niño con el grupo no sea posible hasta que éste no posea una capacidad de pensamiento formal, esto no quiere decir que antes no está ligado al mismo. El vínculo existe, pues de este macro-grupo forman parte los miembros del entorno socializador del muchacho (la familia, los amigos, etc.). Y es precisamente por tener con estos miembros fuertes lazos emocionales, por lo que la vinculación con el gran grupo es más firme y acrítica.

En Centroamérica, los niños más pequeños estaban identificados de forma más directa con su bando. Muy pocos de estos niños entre 8 y 10 años pensaban que ninguno de los dos bandos era bueno, y mucho menos que el bueno fuera el que estaba al otro lado de la frontera. Cosa que sucedía con cierta frecuencia entre los niños mayores.

En general los niños más pequeños siempre eran más radicales en sus juicios de condena al enemigo, a la vez que se identificaban más con los roles militares y, en general, con los aspectos más concretos de las conductas esperadas siguiendo los valores de la institución-guerra.

Los niños mayores, por su capacidad de elaborar operaciones formales, tienen interiorizada la institución-guerra de una forma que supone una menor implicación emocional. Aun así, la racionalización de los hechos sigue marcada estructuralmente por las asociaciones establecidas en el momento de interiorización de los conceptos. Así, aunque puedan establecer una crítica racional al hecho bélico, ésta no supone que no exista una disposición a cumplir con el mismo, en el caso de que los valores fundamentales que constituyen su identidad están en juego.

En definitiva, el niño más pequeño estaría vinculado a la institución-guerra porque *eso es la realidad*, mientras que el mayor lo estaría porque es lo que considera *su deber*. Esto explicaría una realidad comunicada por todos los militares consultados, esto es, que los niños-soldados, cuantos más pequeños son, tienen una mayor audacia y valentía. Y es que, como es bien sabido, no es lo mismo luchar

porque es lo que se sabe hacer y la realidad que se conoce, que hacerlo por *deber*.

El conocimiento real del adversario, por terribles que sean sus acciones, no es el elemento determinante para intensificar los sentimientos de enemistad y odio. Más bien al contrario.

En tiempos de guerra, una de las normas militares fundamentales es limitar al máximo el contacto entre los miembros de los bandos enfrentados. El intercambio entre personas pertenecientes a grupos enemigos, puede llegar a difuminar de algún modo los elementos de fricción ideológica, lo que hace concebir al contrario como un ser humano particular y no como un miembro del grupo odiado. Cuanto menor sea el conocimiento personalizado del adversario, más posibilidades existen de que lo temamos, de que lo veamos como una amenaza.

Los niños de las zonas de guerra de Nicaragua tenían un conocimiento de su adversario, y en general del curso de la guerra, más amplio que el de los niños de los refugios del sur de Honduras. En estos campamentos se ocultaba a los niños toda la información que tuviera que ver con la guerra. Estos sabían de los sandinistas únicamente a través de los rumores que corrían permanentemente entre las hacinadas barracas. En estos rumores se les atribuía a los que ellos denominaban *piricuacos* todo tipo de maldades, algunas de las cuales podrían resultar ridículas para alguien ajeno a la realidad de los campamentos (fábricas de jabón que utilizaban como materia prima a los ancianos, militares que desayunaban sangre de criaturas humanas, etc) pero no se tomaban así entre los niños, ni entre muchos adultos, que, a forma de escuchar tantas veces las mismas historias, acababan creyéndolas.

Con estos precedentes, es fácil comprender por qué la percepción del enemigo era en los niños *contras* mucho más radical que entre los niños sandinistas. No son únicamente los hechos los que nos hacen asumir a una persona o grupo como nuestro enemigo, sino sobre todo, la interpretación que se haga de los mismos. Existía más diferencia, a la hora de conceptualizar al adversario como enemigo, entre los hijos de los *contras* y de los sandinistas, que en el interior de cada uno de los bandos, entre niños más y menos afectados por el conflicto (muerte de familiares y amigos, heridos, presencia de combates, etc).

Desconozco los pormenores de la infancia en Colombia, pero podría suponer que en aquellos lugares donde la guerrilla es más activa, allí donde los niños están habituados a convivir con los combatientes es muy probable que no consideren a éstos como sus enemigos con la misma intensidad que un niño de las grandes ciudades alejado del movimiento de los fusiles.

En un mundo complejo, en el que todos participamos de los valores de distintas instituciones que tienen intereses contrapuestos, no es posible evitar el conflicto entre grupos. Ahora bien, en ocasiones, los adversarios o competidores se convierten en enemigos personales, con los que nos es imposible convivir sin destruirlos o humillarlos. Entre las dos situaciones suelen mediar distintos procesos: sensación de amenaza, atribución desmesurada de poder, información fragmentada, rumores, etc. La combinación de todos estos factores, es el origen de la polarización previa a cualquier estallido bélico.

La polarización bélica

Es evidente que la existencia de un enemigo al cual poder oponerse, tiene una serie de contrapartidas funcionales a las que el dirigente de una nación o de un colectivo le cuesta trabajo renunciar: cohesión al grupo, refuerza la identidad del mismo en contraposición a la del adversario, permite imputar los errores propios al foráneo, justifica el aumento del control y la presión sobre los individuos y, sobre todo, refuerza su liderazgo.

Una importantísima proporción de excombatientes de todas las guerras afirman que a pesar de los malos momentos vividos, nunca se sintieron más unidos a otros seres humanos que en los peores momentos del enfrentamiento bélico. En esas circunstancias estarían dispuestos a todo por sus compañeros, a perdonar todas las ofensas, a dar la vida por cada uno de ellos. Y no sólo por los que portaban las armas sino por todo el grupo al que representaban (la nación, el partido, la organización, los campesinos sin tierra,...).

En muchos libros de polemología se interpreta este hecho como un activo de la guerra, como algo positivo que se deriva de los enfrentamientos armados. Se habla de generosidad, de entrega, de espíritu de sacrificio, como si se estuviera hablando de universalidades que definieran la conducta de los soldados, olvidando que esos mismos militares solidarios, sacrificados y generosos con los integrantes de

su grupo, asesinan con orgullo y satisfacción a los miembros del bando contrario.

La polarización bélica exalta de tal forma la emotividad que a la mayor parte de los que participan en un guerra les resulta casi imposible interpretar la realidad si no es en función del enfrentamiento armado. Los combatientes que regresan de las zonas de combate no pueden entender lo que ellos califican como superficialidad de las relaciones sociales. "¿Cómo es posible que mientras nos estamos matando, ustedes se sigan divirtiendo como si no pasara nada?", gritaba un argentino que regresaba mutilado a un Buenos Aires que no detenía su marcha habitual por lo que sucedía en las Islas Malvinas.

¿Hasta qué punto esta polarización contenía una vez acabadas las hostilidades?. Esta sería la pregunta clave para entender lo que sucede en los procesos de reinserción.

Cuando termina una guerra son muchos los procesos históricos que intervienen como para poder aventurar una respuesta general a la pregunta.

En el estudio del que les estoy hablando se hizo un análisis de qué es lo que supuso la guerra civil española (1936-1939) entre republicanos y militares franquistas, para los niños españoles. Como es bien sabido esta guerra tuvo como consecuencia cientos de miles de muertos, la destrucción del país, multitud de exiliados y una dictadura militar de 40 años. A pesar de la importancia que tuvo para varias generaciones de españoles, a los niños de hoy en día no les dice casi nada.

El desconocimiento que tenían de esta guerra era tan grande que sólo un 20% supo identificar, de forma más o menos acertada, los grupos que se enfrentaban. De éstos, muy pocos sabían porqué se llevó a cabo, y cuáles fueron sus consecuencias. Después de tantos años, y a pesar de ser un tema que estaba muy vigente en los medios de comunicación en el momento en que se hicieron las entrevistas (se cumplían 50 años de su fin), puede decirse que aquella guerra, es una más de las que deben aprenderse para rendir en los exámenes. Pero su posible vinculación emocional con uno de los bandos, es prácticamente nula.

No es fácil hacer generalizaciones a partir de los datos españoles, ya que, al ser una guerra civil, la polarización post-bélica se basaba fundamental-

mente en valores ideológicos que van perdiendo fuerza al irse transmitiendo de generación en generación.

Desde mi punto de vista la *causa* concreta que se esgrime en cada guerra, es una idea más efímera que los fundamentos culturales e ideológicos que unificaban a cada uno de los grupos en el momento de llevarse a cabo las hostilidades. Si esta diferenciación continúa una vez acabada la guerra, existirán más posibilidades de que en el futuro puedan surgir nuevas *causas* que animen a los ciudadanos a participar nuevamente en acciones hostiles.

Pero las cosas cambian cuando el fin de una guerra está más cercano en el tiempo. También las reacciones conductuales y emocionales de los ex combatientes varían considerablemente en función de la forma en que la guerra haya terminado para ellos. No es lo mismo una derrota militar absoluta como la de los republicanos españoles en 1939 o la de los somocistas nicaragüenses en 1979, que un proceso negociado de paz total como en el caso reciente de El Salvador, en el que ninguna de las partes puede considerarse totalmente derrotada. Más complejo aún es el caso de desmovilización parcial, en el que sólo una parte de los alzados en armas se reincorpora a la vida civil, como es el caso de Colombia y de la reinserción de la escisión político-militar de ETA en España.

Cuando un grupo de combatientes deja las armas, uno de los dos componentes para sostener y definir una guerra desaparece: la violencia. Pero queda otro elemento imprescindible a tener en cuenta: la existencia de colectivos enfrentados.

Generalmente, cuando en los manuales de psicología, se aborda el tema de la guerra, se hace situando como elemento central el hecho de la violencia. La agresividad humana, innata o aprendida, sería su fundamento psíquico. Los fenómenos de agrupación, cohesión grupal, etc, serían elementos que canalizarían esa agresividad. En términos simples podría decirse que los hombres se agrupan para hacer más efectiva su agresividad, para optimizarla. Del mismo modo que se establece esta correspondencia, consideran que la argumentación complementaria se aproxima más al hecho real de la guerra: los hombres ejercen la violencia porque conforman grupos homogéneos e incompatibles entre sí. En este caso la violencia no tendría un valor causal, sino instrumental. La consecuencia teórica ingenua que

se derivaría de este postulado es que para acabar con la guerra sería preciso incidir en la existencia de los grupos, lo cual podría hacerse en dos posibles direcciones: eliminándolos o difuminando al máximo sus

diferencias. La primera solución es inviable dada la naturaleza social del ser humano (si desaparecen los grupos desaparece el hombre), la segunda es la solución utópica final de los movimientos igualitaristas como el marxismo. Si nos apeamos de la especulación teórica, podemos encontrar que la *solución* que la humanidad ha dado a esta incompatibilidad grupal, ha sido el establecimiento de relaciones de poder entre los grupos. De forma que la violencia, únicamente se produciría en el caso de que alguno de estos grupos cuestionara esas relaciones. La organización política del mundo contemporáneo se fundamenta en la subordinación de las relaciones de poder a la autoridad del Estado. Entre los Estados existen también relaciones de poder acordadas o de *pacto*. Cada período de violencia (guerras, revoluciones, etc) implicaría un cambio en la distribución de ese poder. Utilizando una conocida metáfora, podría decirse pues, que la violencia es la *partera o comadrona de la historia*.

Al situar los procesos grupales como valor ideológico y a la violencia como elemento instrumental de la guerra, creo estar reflejando lo que ésta es en realidad. Los hombres no se reúnen para guerrear, sino que existen grupos que entran en conflicto. Sin una idea que unificara y diera identidad a estos grupos, la guerra no existiría. Se podría argumentar que si bien esto es evidente en el caso de guerras entre naciones, donde los grupos están perfectamente conformados y unificados por la lengua, la cultura, y en ocasiones incluso por la raza; el argumento podría fallar en el caso de las guerras civiles e ideológicas donde hombres de distintos grupos (raciales, familiares, etc) se reúnen conformando bandos heterogéneos. Desde mi punto de vista el argumento es válido en ambos casos. En el primero, los grupos que entran en conflicto están configurados en torno a ideas y valores bien asentados. La conciencia de pertenencia al grupo es inmediata. En el segundo la existencia de los grupos es previa al acto violento y no está derivada del mismo. Las ideas que unifiquen a estos nuevos grupos y que los hagan entrar en conflicto, serán las que los identifiquen en alguna dicotomía como la de oprimidos-explotadores, liberales-conservadores o pobres-

ricos. En este caso será necesario *tomar conciencia* de esta nueva pertenencia.

Los grupos que intervienen en los conflictos armados necesitan conformarse en torno a una idea unificadora. Si esta identidad existe se utilizarán técnicas para reforzarla. Si no existe se intentará crear, generalmente partiendo de valores de identificación más asentados. En el caso de Nicaragua tenemos un ejemplo claro de esto último. Los sandinistas, cuya principal raíz ideológica era marxista, añadieron a ésta, en su labor de proselitismo contra Somoza, la idea nacionalista simbolizada en la figura del general liberal Augusto C. Sandino.

Por eso doy tanta importancia a la idea de la *conformidad*. Para conseguir iniciar y mantener una guerra es preciso crear una motivación que vincule a los individuos con uno de los grupos. Una vez conseguida ésta, el aparato institucional de la guerra hace que los sujetos consideren su participación como inevitable.

Es tan importante el proceso de identificación y conformidad con el grupo, que en el desarrollo normativo de la guerra, sobre todo en lo referido a la instrucción militar, es el elemento psicológico sobre el que más se trabaja. Los uniformes, los desfiles, las banderas, la homogeneidad en el tipo de vida que se lleva en los cuarteles, tiene como objetivo fundamental crear lazos de identidad y fidelidad con el grupo, o reforzarlos en el caso de que ya existieran.

Los mandos militares están convencidos del valor directivo de la identificación y conformidad grupal en tiempo de guerra. El reclutamiento forzoso, la disciplina militar, los juicios sumarios, las amenazas y los castigos, son poderosos elementos disuasorios para que aquellos que no están *convencidos* desistan de abandonar las fuerzas armadas. Pero si no se consiguen fuertes lazos de vinculación ideológica con el bando en el que se participa, la efectividad militar de los combatientes se sitúa bajo mínimos. Es lo que en el ámbito castrense se define como *baja moral militar*. Aunque en este fenómeno influyen también otros factores, los que tienen que ver con la vinculación grupal son los que se han mostrado más efectivos. De hecho, la llamada guerra psicológica se fundamenta en la utilización de diversas técnicas para crear desconfianza y división en el bando enemigo. Estas técnicas no buscan que el soldado *traicione* a su causa y a su grupo de referencia, sino hacerle ver que sus dirigentes les tienen engañados, que están vendidos a *otras causas* (país extranjero, enriquecimiento personal, etc). El

objetivo es por tanto desvincularle ideológicamente de su grupo, hacerle psicológicamente vulnerable a adoptar una nueva fidelidad.

Situar el proceso de identificación grupal como condición necesaria para la participación de los ciudadanos en la guerra, y el uso de la violencia como elemento funcional de la misma, no significa que entre ambos procesos exista una relación jerárquica unidireccional. En realidad esta relación es dialéctica. La violencia no es únicamente uno de los medios que utilizan los grupos para resolver los conflictos y mantener sus relaciones de poder. El uso de la violencia también contribuye a intensificar los sentimientos de pertenencia al grupo, a la vez que eleva la cohesión interna de éste. Esto es así tanto para el grupo que la sufre como para el que la ejerce.

Es bien conocida la efectividad que tienen los mártires en las guerras. Además de dar un valor a la causa esgrimida (por la que estas personas dieron su vida), acallan las opiniones de los que propugnan un entendimiento con el bando contrario, los que deben plegarse a uno de los bandos voluntariamente o a la fuerza, ya que de seguir manteniendo sus posiciones serían tomados como traidores. La diversidad de opciones dura hasta que comienzan las hostilidades. A partir de ese momento es preciso optar entre dos bandos únicamente.

Quienes ejercen la violencia se ven a la vez más comprometidos con el grupo. En la guerra, al contrario que en períodos de paz, la destrucción y el asesinato no sólo no se castigan, sino que quienes son más efectivos en estas funciones son mostrados como ejemplos en los que el grupo ha de mirarse. Por otro lado, cuando los programas de entrenamiento militar crean el hábito de obedecer de forma inmediata a las órdenes, no sólo consiguen una mayor funcionalidad operativa, también pretenden eximir de responsabilidad moral al soldado que mata. De este modo el individuo se vincula más al grupo, que en definitiva es el que ha cometido la acción de la que él no ha sido más que un instrumento. La metáfora del *brazo ejecutor* remite a un *cuervo* del que el individuo participa.

Tenemos pues que entre los dos componentes definidores de la guerra se da una relación circular: La cohesión e identidad grupal puede llevar, en caso de conflicto, a la utilización de la violencia. A su vez, el uso de la violencia hace aumentar la cohesión

e identidad grupal, lo que hace más posible el uso de la violencia, etc.

Al acabar la guerra.

Cuando acaban los combates se rompe uno de los elementos del círculo, el de la violencia abierta y destructiva. Pero ¿Qué sucede con la identidad grupal que estructura casi de forma total la vida del combatiente?. La respuesta depende en gran medida del desenlace del conflicto armado.

En los casos de guerras con un claro vencedor como la victoria aliada sobre el fascismo, en el bando perdedor la cohesión desaparece y la sensación de pertenencia de sus miembros se reduce a su mínima expresión pues el grupo como tal ya no existe. Las bases se sienten desilusionadas y a menudo traicionadas. La historia es siempre cruel con el vencido, sus acciones son calificadas como crueles, tiránicas, aberrantes, las de los vencedores como heroicas e inevitables. Lo más usual es que, de un modo u otro, los elementos fundamentales que identifican al triunfador sean asumidos por la población del bando perdedor. Es este un proceso que suele ir acompañado de una represión ideológica (prohibiciones, ridiculizaciones, etc) sobre los valores que fundamentan la idea del grupo vencido. Son los hijos de los vencidos los que en un proceso adaptativo asumen los nuevos valores.

Cuando la guerra acaba tras un proceso de negociaciones donde se hacen importantes concesiones por ambas partes, disminuye de forma considerable la polarización, y el sentimiento de pertenencia al grupo se difumina. La vinculación de los miembros de un grupo desmilitarizado en la vida civil carece de los componentes afectivos y funcionales que tenía en la vida castrense. Al desaparecer el objeto central de vinculación, la lucha contra el enemigo, y la forma de vida interdependiente de los campamentos, es imposible mantener la idea de pertenencia. Lo normal en estos casos es que se generen importantes sentimientos de impotencia y frustración y los combatientes de ambos lados se pregunten para qué sirvió tanta muerte y destrucción. En Nicaragua tras la victoria electoral de Violeta Barrios de Chamorro y el consiguiente fin de las hostilidades bélicas, se llenaron las salas de espera de los psicólogos clínicos y los psiquiatras. Los muchachos le preguntaban a mis colegas "¿quién me devuelve la piernas, quien da vida a mi hermano? ¿la reconciliación?, ¿la democracia?...". Diez años antes cuando los sandinistas triunfaron

sobre el somocismo los casos de trastorno psicológico registrados eran mínimos: el sacrificio mereció la pena decían al unísono mutilados, viudas y padres de caídos.

Hay un tercer supuesto de desmovilización que tal vez sea el más cercano a la situación de la Colombia de nuestros días y de los exguerrilleros de los que se habla en estas jornadas. Es el caso en el que las negociaciones para el fin de la violencia no afectan a aquellos elementos que daban sentido a la acción de los combatientes, sino a la necesidad de acabar con la violencia. En estos casos se trata de dar alguna salida institucional y personal a cada uno de los desmovilizados. Es lo que suele conocerse como reinsertión. No se trata de una reconstrucción tras asumir la imposibilidad de llevar adelante ninguna de las dos posturas enfrentadas, ni de una asimilación del vencedor que ha hecho desaparecer por las armas las esperanzas del vencido, sino de un proceso que metafóricamente podríamos denominar como de retorno a la comunidad de un grupo que se desligó de ella. El enemigo abre las puertas de su casa.

Es este un proceso con diferencias considerables respecto a los dos casos anteriores. Los grupos insurgentes son remisos a la reinsertión porque supone un reconocimiento implícito de una derrota, si cabe, peor que la militar: el reconocimiento de su falta de razón, el sinsentido de su acción, de su lucha. Es por esto por lo que ningún proceso de reinsertión se ha llevado a cabo sin una negociación que los dirigentes puedan esgrimir como una victoria relativa. Todos se presentan como hechos en los que no hay vencedores ni vencidos.

Desde una perspectiva política pueden defenderse estos argumentos. Los líderes de los desmovilizados pueden presentar los resultados políticos de las negociaciones (elecciones, cambios económicos y sociales, etc). Pero en las bases guerrilleras la vida cotidiana no se llena con el sufragio universal. Les es preciso reestructurar completamente su forma de vida.

Al sentimiento de frustración aludido anteriormente se une la falta de reconocimiento de lo que ha dado sentido a su vida durante los últimos años. Metafóricamente podría decirse que en los casos de reconstrucción los excombatientes de uno y otro lado se preguntan por qué destruyeron la causa común; en este caso la sociedad receptora le dice al

reinsertado ¿por qué destruiste la casa en la que ahora quieres volver a morar?.

No conozco en profundidad la situación de los excombatientes que abandonaron en los últimos años las armas en Colombia. Por las experiencias de casos similares, las conductas de estas personas toman diversas direcciones. Si excluimos a quienes logran reinsertarse profesional o políticamente en la nueva situación, de forma que pueden desarrollarse sin renunciar a su pasado, la mayor parte de personas buscan una salida individual al margen del grupo de referencia, tras un proceso de desencanto social que les lleva a recuperar vinculaciones de gratificación afectiva más inmediata como la familia.

En el caso de aquellas personas que no son capaces de asumir cierto grado de frustración al verse enfrentadas a una situación social en las que deben, explícita o implícitamente, arrepentirse de su pasado, algunos casos derivan en trastornos patológicos que suponen un período de anomia anormalmente largo (desorientación interior, impotencia, desamparo, incapacidad para la acción, depresión...) o en casos de brotes psicológicos peligrosos como el que acompaña con cierta frecuencia a períodos posbélicos en los que un ex-combatiente asesina indiscriminadamente a grupos de civiles. Es importante señalar que estos casos no son una consecuencia automática del proceso de reinsertión sino la combinación de trastornos de personalidad con una situación frustrante que puede actuar como desencadenante.

En situaciones tan complejas no es fácil hacer recomendaciones que vayan más allá del grupo de consejo psicoterapéutico, que es a veces lo más sencillo a la vez que lo más ineficaz en la solución de los problemas derivados de situaciones sociales.

He podido conocer, aunque no con la profundidad que hubiera deseado, los importantes problemas de adaptación de los desmovilizados que no son exclusivamente de seguridad o económicos, sino también de carácter psicosocial y puramente psicológicos. Algunos de ellos creo que pueden derivarse de los procesos a los que aludía anteriormente. Para todos los interesados en superar las secuelas de los conflictos bélicos será de gran ayuda la respuesta que ustedes sepan darle, y puede servir de ejemplo a situaciones similares que se darán en otras latitudes.

Referencias bibliográficas.

- EIBL-EIBESFELDT, I. (1977) *El hombre preprogramado*. Madrid: Alianza Editorial.
- FREUD, SIGMUND, (1969). *Más allá del principio del placer*. Madrid: Alianza Editorial, (originalmente publicado en 1920)
- FROMM, ERICH, (1979). *Anatomía de la destructividad humana*. Madrid: Siglo XXI de España.
- KAUFMANN, H. (1970). *Agresión andaltruísm. A psychological analysis*. New York: Holt Rinebart and Winston Inc.
- LORENZ, KONRAD. (1972). *Sobre la agresión: el pretendido mal*. Madrid. Siglo XXI.(originalmente publicado en 1972).
- MONTAGU M.F. ASHLEY (1978). *La naturaleza de la agresividad humana*. Madrid: Alianza editorial.
- MORENO MARTIN, FLORENTINO. (1991b). *Infancia y guerra en Centroamérica*. San José de Costa Rica: editorial FLACSO.
- MORENO MARTIN, F. y JIMÉNEZ BURILLO F. (eds) (1992). *La guerra: Realidad y alternativas*, Madrid: editorial Complutense.
- SCORIJF. (1958). *Aggression*. Chicago: University of Chicago Press.

ANOTACIONES SOBRE EL PROCESO DE PAZ

Alejandro Reyes Posada

Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia

Nos encontramos en un punto muerto del proceso de paz. Ninguna de las partes logra articular un lenguaje ni un mandato político de negociación para ofrecer a la otra. El mismo procedimiento del diálogo directo entre gobierno y guerrillas sufre una crisis de desprestigio momentáneo. La reacción adaptativa de uno y otras ante la suspensión de las conversaciones de paz ha sido volver a las estrategias militares, con la esperanza de regresar a la mesa de negociaciones en mejores condiciones de fuerza que antes, y, si es posible, que el adversario. A pesar de las ilusiones creadas por mayores presupuestos y tecnologías de guerra más eficaces, permanece inalterado el hecho de que existe una situación de empate militar negativo entre las guerrillas y las fuerzas armadas, en cuanto ninguna parte puede derrotar a la otra. De alguna manera hay un círculo vicioso entre la insurgencia armada y la contra-insurgencia, cuya única posibilidad de ruptura es una negociación política. Lo esencial entonces, es que existe un proceso de diálogo encaminado a un acuerdo, que se reiniciará en octubre de este año, en cuya preparación se encuentran embarcadas las partes.

Mientras haya posibilidades de una paz negociada, el conflicto armado, a pesar de sus horrores, tiene un carácter más moderado que si no

las hubie-ra, como es el caso del Perú con Sendero Luminoso. Como mínimo, la perspectiva de una futura reconciliación obliga a las partes a relativizar su grado actual de enemistad. Es necesario preguntarse por qué ha sido dilatada y difícil la negociación con las guerrillas. No satisface la explicación que afirma que la anterior ronda de negociaciones en México haya fracasado por falta de voluntad de alguna de las partes. El gobierno busca sinceramente superar la violencia por la vía política. Igual puede decirse de las guerrillas, en la medida en la cual desean realmente construir un proyecto político que sustituya la guerra. El de la paz es un claro ejemplo de problemas en los cuales es mayor la motivación por resolverlos que la comprensión de su naturaleza y dimensiones. La dificultad inmediata es que no ha habido todavía un verdadero acercamiento a un terreno común de negociación. El gobierno no ha definido términos bajo los cuales las guerrillas puedan concebir su desmovilización sin sentir que dan salto al vacío para caer en manos de sus adversarios. Las guerrillas no han sabido formular sus proyectos políticos en términos viables para llegar a una negociación. El gobierno concibe las guerrillas como aparatos militares depredadores y terroristas, e ignora sus dimensiones políticas y su inserción social. A su vez, las guerrillas niegan su propia descompo-